

Más que una guía de admiratibilidad: Recuerdos de viaje (1880) de Eduarda Mansilla.

Crespo, Natalia y Mansilla, Eduarda.

Cita:

Crespo, Natalia y Mansilla, Eduarda (2015). *Más que una guía de admiratibilidad: Recuerdos de viaje (1880) de Eduarda Mansilla*. Undécimas Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval y de discursos sobre el viaje en la Edad Media Hispánica. Escrituras y transmisión. Universidad Católica Argentina, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/natalia.crespo/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p89S/o1y>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica* fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Más que una guía de “admiratibilidad”: *Recuerdos de viaje* (1880) de Eduarda Mansilla

Natalia Crespo
CONICET / UBA/ Universidad del Salvador

En el libro *Recuerdos de viaje* (1882) de Eduarda Mansilla (1834-1892) se rescatan, como explica María Rosa Lojo, dos experiencias de viaje o, más bien, dos residencias en Estados Unidos: “la primera en 1861, con motivo de que su esposo, Manuel Rafael García, había sido comisionado para estudiar allí el funcionamiento de la justicia mientras Domingo Faustino Sarmiento era embajador en Washington; la segunda entre 1868 y 1873, período en que García fue ministro plenipotenciario y enviado extraordinario ante el gobierno de ese país” (Lojo, 2011: 11). De prosa amena y ligera, con riqueza de temas y resabios de oralidad, *Recuerdos de viaje* está armado como una sucesión de escenas o anécdotas, pero no por ello carece de clímax ni, mucho menos, de tensiones entre las expectativas de la viajera y lo observado. Intentaré explicar aquí por qué considero que este libro de Eduarda Mansilla puede pensarse como un exponente del género “relato de viajes” y en qué medida la escritura avanza alternando la ironía con el afán informativo, el tono sarcástico con el didactismo ilustrado. Propongo que esta alternancia, lejos de ser casual, es funcional al relato: busca construir una voz autorizada a partir del saber que supone haber viajado, busca “dar luz” a las lectoras que no han recorrido el mundo y, sobre todo, inculcarles un criterio de discernimiento entre lo admirable del país del norte y lo reprobable. Asimismo, en aquello que Mansilla critica e ironiza se distancia, como lo ha marcado David Viñas, de la idea propuesta por Sarmiento de Estados Unidos como sociedad modélica para la Argentina.

Respecto de la adscripción del texto al género “relato de viajes”, tomaré como marco teórico los lineamientos propuestos por Sofía Carrizo Rueda, en su estudio preliminar al libro *Escrituras del viaje*. Plantea allí esta autora que en el género denominado “relato de viaje”, a

diferencia de la “narrativa de viaje”, la descripción ocupa un lugar central y no hay expectativas respecto del desenlace, pues la estructura del texto tiene que ver con una sucesión de imágenes que en su conjunto dan cuenta del fragmento del mundo que se busca mostrar. La estructura por acumulación de episodios y escenas hace que el relato de viajes se termine simplemente cuando el autor decide no continuar escribiendo. El lugar vertebral que ocupa el argumento en la narración de viaje es ocupado aquí por las descripciones:

“A través de ellas se va configurando una especie de friso que en realidad, lo que pretende presentar es una suerte de ‘gran espectáculo’ de un ‘fragmento del mundo’, que provoque actitudes en los receptores como el asombro, la satisfacción del deseo de saber, la reflexión, el gozo estético, la emoción, la empatía o el rechazo viscerales. (...) las descripciones no ‘empujan’ hacia adelante sino que ‘retienen’ la atención del receptor, pues actúan como adjetivos que van revelando todo lo relativo a una ‘imagen del mundo’ que el discurso asume como escritura de cierto espacio recorrido” (Carrizo Rueda, 20).

Todos estos rasgos aparecen claramente en *Recuerdos de viaje*, en donde el predominio de lo descriptivo por sobre lo narrativo genera una estructura de secuencias de anécdotas y escenas que cobran un valor cultural revelador. Veamos algunos datos biográficos sobre Mansilla. Según Hebe Molina, Eduarda Damasia Mansilla “es la escritora argentina más ilustrada del siglo XIX y, paradójicamente, una de las más opacadas en la historia literaria argentina” (9). “Fue la segunda hija de Agustina Ortiz de Rozas y el general Lucio Norberto Mansilla, quienes por herencia –ella– y por propio mérito –él– llegan a ser dueños de extensos campos en la pampa central en la Argentina” (Molina, 11). Dentro de sus obras, se cuentan cuatro novelas: 1. *El médico de San Luis* (1860) y 2. *Lucia Miranda, novela sacada de la historia argentina* (Cfr. Lojo, 2007); 3. *Pablo, ou La vie dans les Pampas*, escrita en francés en 1869 y

traducida por su hermano, Lucio V. Mansilla (1870); 4. *Un amor* (1885), publicada en Buenos Aires en la Imprenta El Diario. Además de numerosos artículos periodísticos, Mansilla es autora de narraciones infantiles, recopiladas en 1880 bajo el título de *Cuentos* y de otros relatos, autobiográficos, fantásticos o costumbristas, reunidos en *Creaciones* (1883)ⁱ.

Recuerdos de viaje ha sido abordado ya por David Viñas, María Rosa Lojo y Mónica Szurmuk, entre otros críticos. Se ha analizado extensamente la dicotomía sajón/latino que Mansilla establece a partir de la comparación de lo yankee con lo francés y lo argentino, hermanando así su propia cultura a la adorada París. También se ha observado de qué modo dicha dicotomía refleja o duplica aquella otra –vertebral en el pensamiento argentino– de civilización y barbarie, o unitarios y federales. También se ha comentado la valoración rica y diversa de Mansilla de la sociedad estadounidense que, con una mirada ni peyorativa ni idealizada, puede distinguir aquello que ve como positivo (la honestidad, la cultura del trabajo, la organización y el sentido práctico) frente a lo percibido como falencias (la falta de delicadeza y refinamiento, la soberbia, la ignorancia hacia Sudamérica). Szurmuk y Lojo han comentado la posición crítica de Mansilla respecto de las matanzas de indígenas llevadas a cabo en Estados Unidos y han remarcado cómo pueden verse en dichos juicios no sólo el progresismo de la autora decimonónica sino también una condena indirecta hacia la Campaña al desierto emprendida por Roca en 1880, justamente el año de producción de este relato de viajesⁱⁱ. También se ha analizado ya la detenida mirada –entre fascinada y asqueada– que Mansilla dedica a la mujer yankee, admirando su liberalidad, su don de mando dentro del núcleo familiar y su profesionalismo y descalificando duramente su falta de femineidad en los hábitos cotidianos. Debido a su rol de esposa de diplomático o, como ella misma refiere, “en mi calidad de viajera distinguida” (151), los ámbitos por los que circula la viajera –acompañada siempre por un cicerone, de nombre Molina, un diplomático que la guía por las distintas ciudades de Estados Unidos– son mayormente espacios “de privilegio”, por decirlo

de algún modo: hoteles, salones de baile, obras de teatro, tertulias. Pero también están presentes –y quizás configuran los frisos más interesantes del libro– escenarios populares y a veces nada programados, que generalmente producen desagrado en Mansilla (como el puerto de desembarco en Nueva York). Allí donde la viajera no pensaba hallarse es donde la mirada se muestra menos condicionada por la expectativa y surge la noción del viaje como exploración y descubrimiento. Así, los frisos que va configurando el libro pueden dividirse en aquellos del itinerario inevitable y predecible de la esposa de un diplomático –y en donde la escritura es informativa– y aquellos pasajes en donde la viajera se sale de su plan geográfico o de sus expectativas y despunta la ironía, un rasgo típico de la prosa de Mansilla. Donde la viajera se decepciona, la escritora se luce. Junto a las descripciones de cada lugar, se va perfilando una imagen de la viajera narradora. Sobre este punto, propone Carrizo Rueda:

“Una precisión necesaria respecto a las descripciones de los relatos de viaje es que al lado de edificios, paisajes, instituciones, costumbres, curiosidades, objetos y cuanto es propio de las características de un lugar, resultan relevantes los retratos de los variados personajes que van apareciendo. Entre ellos, el propio viajero y sus acompañantes, si los hubiera” (20).

La voz enunciativa, tan cercana a la autora, se presenta como una viajera, que “escribe con la mira honrada de dar luz a los que no la tienen” (44), es decir, la razón de ser del libro –al menos la declarada– es acercar el mundo –o, más bien, su personal reconstrucción de ese fragmento del mundo– a las lectoras que no han viajado aún. Esta voluntad explica la predominancia de pasajes descriptivos y de consejos de viaje que prefiguran o evocan el tono

ⁱ Los *Cuentos* de Eduarda Mansilla representan el primer libro de literatura infantil escrito en el país y han sido reeditados, con un lúcido prólogo y un cuidado bibliográfico destacable, por Hebe Molina en 2011.

ⁱⁱ Cabe aclarar que, antes de editarse como libro en 1882 a través de la imprenta de Juan Alsina, *Recuerdos de viaje* fue publicado en *La Gaceta Musical*, en 1880 (Lily Sosa de Newton, 1994). Recordemos que en 1879 Mansilla regresa a la Argentina tras dieciocho años de vivir en Europa y se dedica de lleno al periodismo.

de los libros de turismo. Uno de los pasajes cercanos a la guía turística (como de folleto turístico o “afolletados”, si se me permite la aberración lingüística) es el siguiente:

“Hacer la travesía desde el Havre a Nueva York en la Compañía Transatlántica Francesa, o embarcarse en un vapor del Cunard Line, en Liverpool, no es exactamente lo mismo como agrado, si bien ambos medios de cruzar el Océano, pueden emplearse indistintamente con la seguridad de llegar a buen puerto, en doce o trece días, salvo los inconvenientes o accidentes naturales de la ruta (41)”.

El viaje se piensa como fuente de refinamiento y cultivo de la sensibilidad estética, de la capacidad de distinguir lo bello de lo rústico (o bárbaro). Resta decir que dentro de la intelectualidad argentina de 1880, el viaje (sobre todo a Europa, pero no solamente) gozaba de un enorme prestigio en tanto rito de iniciación en el mundo civilizado. Esta es la tradición que hereda Mansilla, aunque aplicando sobre ella dos innovaciones: la primera tiene que ver con su género (se trata de una mujer que, aunque viaja como consorte de su marido diplomático, desarrolla su propia experiencia de viajeⁱⁱⁱ), la segunda tiene que ver con su posición frente al viaje: si bien hay una función formativa (quien viaja se instruye y aprende, a tal punto que regresa transformada), el principal aprendizaje no es el que tiene lugar en la viajera sino en los lectores. Recordemos que este libro fue escrito varios años después de ocurrido el viaje^{iv} (que no fue en verdad un viaje sino una estadía, como dijimos) y, no casualmente, durante un período en que Mansilla quiere consolidarse como periodista en Buenos Aires, tras haber

ⁱⁱⁱ Mansilla no sólo desarrolla su propia experiencia de viaje (de la cual este libro es testimonio) sino que, además, intervenía activamente en política, como lo revelan sus cartas privadas y como lo atestiguan otras epístolas, como por ejemplo, aquella que Sarmiento escribiera a García el 14 de enero de 1871 y en la cual leemos: “Aproveche la primera ocasión de dar al presidente Grant mis gracias por los buenos consejos que me enviaba por nuestra excelente Eduarda, a propósito de los ataques de la prensa. Sigo el consejo, como dicen del avestruz que sepulta la cabeza en la arena, cuando perseguido, para que no lo vean” (64).

Respecto del ejercicio de la política en las cartas privadas, he analizado las estrategias de adulación e increpación de Mansilla para con Roca y Juárez Celman en mi artículo “‘Señor y amigo’: Usos del género epistolar en nueve cartas inéditas de Eduarda Mansilla”.

^{iv} Así lo explica Sarmiento en su comentario al libro de Mansilla, en el diario *El Nacional* en 1882: “Los *Recuerdos de viaje* no son los viajes mismos, sino lo que de ellos queda cuando ya estamos en casa”.

vivido 18 años en Europa. Es decir, más que de una joven que ha atravesado una experiencia de viaje formadora, se trata aquí de una escritora que quiere generar una voz autorizada en su público argentino. Así, adoptando un tono entre maternal y doctoral, la viajera reflexiona:

“Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admiratibilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros, cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo (51).”

La “admiratibilidad” principal a la que apunta *Recuerdos de viaje* no es la que ha desarrollado la viajera en Estados Unidos sino aquello que la escritora espera suscitar en sus lectores.

La “admiratibilidad” supone la capacidad de discernir entre lo bello y lo feo. Así, las expresiones de aprobación y disfrute ante lo que el ojo legitimador de la viajera considera bello deben ser tan enfáticas como aquellas reprobaciones ante lo inaceptable. Pero lo inaceptable no siempre pertenece al Otro: bien puede ser un rasgo propio, como lo es, por ejemplo, la escasa comprensión de la lengua inglesa de la viajera al llegar a Estados Unidos:

“Ha llegado el momento de hacer aquí una confesión penosa que hará derramar lágrimas, no lo dudo, al digno don Antonio Zinny, mi maestro, a quien su discípula favorita, debía en ese entonces todo el inglés que sabía. Y éste resultó ser tan poco, que con gran vergüenza y asombro mío, el intérprete natural de la familia, la niña políglota, como me llamaron un día algunos aduladores de mis años tempranos, no entendía jota de lo que le repetían los hombres mal entrazados y el lacónico expresivo empleado” (Mansilla, 50).

La ironía, tras la cortina del humor, apunta a desarrollar la capacidad de distinguir, es decir, en el fondo se trata también de un gesto educativo en pos del desarrollo de esta vara propia llamada “admiratibilidad”. Ya sea por el cotejo del Yo con el Otro desconocido y diferente, o por la confrontación de la viajera con sus limitaciones (como es el caso del idioma), el viaje funciona como punto de referencia para la constitución de los rasgos propios. No siempre la ironía que surge de la decepción conduce a una descripción del Yo y de sus limitaciones tan directamente como en la cita de arriba: las más de las veces, el Yo se va delineando indirectamente. Según Carrizo Rueda, “sucede a veces que tales retratos quedan disimulados porque son contruidos con acciones o actitudes mencionadas al pasar, que pueden ser no reconocidas en un primer acercamiento como elementos de una urdimbre descriptiva”. (20) Disimulado pero no por ello menos presente, es el retrato que de sí misma va generando la voz enunciativa al describir a las jóvenes estadounidenses. Para Mansilla, las *yankees* son tan exageradas en sus vestimentas como groseras para comer. De ambos rasgos –en realidad, fusionables en uno: lo excesivo– puede inferirse que quien escribe es o cree ser, comparativamente– refinada y sutil, portadora de una delicadeza que no ve en las otras mujeres. La descripción de las jóvenes está precedida por la sorpresa de la viajera ante la popularidad que tienen las ostras en las comidas de ese país:

“Nunca podré olvidar el asombro que me causó en mi primer comida en Nueva York, ver devorar a una elegante muchacha de dieciocho años la mitad de una langosta, chupando hasta las antenas, con una delicia, que con elocuente expresión se transparentaba en su bellísimo semblante” (65).

Tras la observación en el hotel, aparece el mismo fenómeno en una tertulia:

“En las tertulias, naturalmente, se sirven ostras. (...) Causa dolor ver a esas rubias, transparentes, poéticas Yankees, vestidas de encajes, deslumbrantes de lujo y atavío, verlas, digo, sentadas prosaicamente en esa actitud femenina que permite apoyar un gran plato sopero sobre las rodillas, un tanto separadas. Solo el realismo de Zolá puede dar acabada idea del espectáculo, del olor, del ambiente, que rodea a esas bellas mujeres escotadas y coquetas. Devoran por cucharadas el líquido negrusco en el cual flotan grandes pedazos de carne resistente, agitando a la par que sus dorados rizos, sus activas mandíbulas” (65-6).

No será éste el único rasgo yankee que sorprende a la viajera. Con la atención puesta en las mujeres jóvenes como expresiva condensación de la cultura que visita, en otra de las fiestas a la que es invitada, la enunciadora apela una vez más a la ironía:

“En el ángulo más apartado de un pequeño saloncito algo solitario, hay un pouff bastante estrecho; sin embargo, en él caben dos, apretándose un tanto. Y en efecto, dos personas lo ocupan y atraen mis miradas. Pero lo que en realidad se ve es una preciosa rubia muy lánguida y bella, que ostenta una crinolina de proporciones exageradas, sobre la cual un traje de tul celeste se ahueca y esponja como un globo, describiendo una vasta circunferencia. Envuelto, confundido, aprisionado, disimulado entre los tules, está a su lado un mancebo, por lo menos así lo parece, a juzgar por sus bigotes rubios, finísimos, y sus ojos chispeantes, que es lo único que alcanzo a divisar entre la confusión nebulosa de los tules de color cerúleo. Esto es *flirtation*” (179).

Otro aspecto que llama la atención de la viajera —y que nos remonta a su gusto por el canto lírico— es el teatro estadounidense: “esos teatruchos de mala muerte”. Como en los casos anteriores, es el sorpresivo disgusto lo que desencadena las mejores descripciones del texto,

aquellas que abandonan el tono de correcta guía turística y se atreven a lo literario. Veamos cómo narra Mansilla una de las funciones teatrales a las que asiste:

L[la música comenzó de nuevo a hacer oír sus discordes armonías y poco después volvió de nuevo a alzarse la cortina y aparecieron dos actrices feas y mal entrazadas que comenzaron una pantomima insulsa (...) Saltos, muecas, gestos más o menos expresivos, dirigidos a un vejete que parecía, desde que se presentó, querer simbolizar por sus actitudes reservadas y púdicas la casta Susana, perseguida por sus dos terribles amadores. (...) Las peripecias de aquel torneo femenino, en el cual el gaje de la vencedora debía ser el desdeñoso monstruo pintarrajeado, de arratonada peluca, fueron numerosas (...). cuando salí de nuevo al aire libre y contemplé la luz del día, pues aquella sala estaba iluminada con gas, me pareció despertar de una cruel pesadilla” (152-153).

Ahora bien, dada la importancia estructural de lo descriptivo en el relato de viajes, sus matices y diferencias no se limitan a la predominancia del tono didáctico y valorativo o el tono irónico y desaprobatorio. Como plantea Carrizo Rueda, las isotopías (“un repertorio de temas y cuestiones que reiteradamente se manifiestan explícitamente en un texto”, o “los haces de rasgos semánticos que sostienen la coherencia interna del discurso” (23) se acompañan siempre de significativas omisiones: qué observa y registra la viajera enunciadora es ideológicamente elocuente para el lector. Respecto de la isotopía, dijimos que este relato de viajes focaliza la mirada en las mujeres yankees, desde las jóvenes hasta las ancianas, en un arco que recorre hábitos, los aparentemente frívolos (como la vestimenta y los modos de comer) y aquellos de mayor carnadura política, como el divorcio y el aborto. A esta presencia insistente de figuras femeninas se contrapone un silencio: como ha señalado Lojo, el marido de Eduarda apenas aparece de refilón en una escena. En este sentido, las descripciones que

hallamos en el capítulo XV marcan el clímax descriptivo del libro, su punto de mayor riesgo ideológico. Las descripciones anteriores pueden tomarse como detalles y justificaciones que explican e ilustran esta gran descripción reflexiva en la cual Mansilla toca cuestiones álgidas respecto de la mujer: la libertad de elegir marido por sí mismas en contraposición con una unión de conveniencia económica, el divorcio, el ejercicio de la prostitución. El tono coloquial y el impostado desagrado están al servicio de disimular la osadía de abordar estas cuestiones, por demás transgresoras para la época:

Los Norteamericanos tienen el recurso del divorcio, del cual no abusan, pero sí usan. Yo he conocido varias damas muy distinguidas que, después de divorciadas de su primer marido, por causas que ignoro, habían contraído matrimonio con el *Master* tal, bajo cuyo nombre yo las conocí, sin desmerecer por eso en la sociedad. Pero, lo repito, usan, no abusan de tal recurso. (...) No tengo al respecto una opinión hecha. (...) (...) Yo prefiero pasearme tranquilamente por la Quinta Avenida, esa espléndida calle de mansiones de mármol blanco, que parece pertenecer a ciudades de las Mil y una Noches” (148-49).

Conclusiones

Como es propio del género relato de viajes, las descripciones en este libro son de una importancia estructural. Algunas con predominio de tono educativo ilustrativo, otras con ironía y sarcasmo hacia la sociedad estadounidense, en todas ellas puede verse el deseo de Mansilla por desarrollar en sus lectores un criterio de la “admirabilidad”, o la capacidad (que se piensa como rasgo constitutivo de las sociedades civilizadas) de distinguir, en virtud de un parámetro de belleza, entre lo digno de admiración y lo reprochable. Son las zonas del asombro y el desagrado en la experiencia del viaje aquellas que suscitan las descripciones más originales, la adjetivación más creativa, donde la escritora se sale del plan educativo y la prosa

rompe el tono neutral de información turística. Como compensación, allí donde la experiencia flaquea o decepciona, aparece la literaturiedad.

Ahora bien, dentro del conjunto de frisos del fragmento del mundo del que se quiere dar cuenta, hallamos –paralelo al gran interés que muestra la enunciadora hacia las mujeres— un expresivo silencio en torno al marido diplomático. Esta combinación tan personal de isotopía y ausencia, más la innovación de ser la primera viajera argentina que relata su viaje, junto con la concepción del viaje como modo de legitimar su voz frente a una audiencia que se busca ilustrar, hacen de este libro un hito en la escritura de viajes y en la literatura femenina de nuestro país. *Recuerdos de viaje*, el primer relato de viajes escrito por una mujer en la Argentina del siglo XIX es, en más de un sentido, una obra fundacional.

Bibliografía

Carrizo Rueda, Sofía. “Estudio preliminar. Construcción y recepción de ‘fragmentos del mundo’”. En *Escrituras del viaje. Construcción y recepción de ‘fragmentos del mundo’*. Buenos Aires: Biblos, 2008. 9-33.

Crespo, Natalia. “‘Señor y amigo. Usos del género epistolar en nueve cartas inéditas de Eduarda Mansilla’”. *Decimonónica* (en prensa).

García Mansilla, Manuel Rafael. *Cartas confidenciales de Domingo Faustino Sarmiento a Manuel Rafael García Aguirre (1866-1872)*. Anales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. T. III. S. III. Buenos Aires. Imprenta Coni Hnos, 1917.

Lojo, María Rosa. “Eduarda Mansilla: entre la barbarie yankee y la utopía de la mujer profesional”. En *Recuerdos de viaje*. Córdoba: Buena Vista, 2011. 11-37.

Mansilla, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Córdoba: Buena Vista, 2011.

Molina, Hebe. “Introducción”. *Cuentos (1880)*. EALA (Ediciones Académicas de Literatura Argentina, Siglos XIX y XX), 1. Buenos Aires: Corregidor, 2011.

Szurmuk, Mónica. “Recordar es vivir: *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla”. En *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina (1850-1930)*. Trad. Cristina. Pinto. México. Instituto Mora, 2007.

Notas